

CUENTOS  
ESPAÑOLES

## AQUELLOS OJOS

POR ALFONSO  
H. CATÁ

Ahora que ya está todo concluido—decía la carta—; ahora que el fallo injusto del jurado ha puesto entre la sociedad y yo una barrera de treinta años, que mi escasa salud no me consentirá saltar, quiero darte a ti, que aun en los días envenenados inmediatos al crimen tuviste palabras de piedad y me exhortaste a decir algo en mi defensa, la razón de aquel obstinado mutismo. Si me has visto seguir los debates con resignación; si oíste al defensor rogarme en vano que le diera un apoyo, siquiera débil, para añadirlo a mis buenos antecedentes y sustentar su alegato, no lo tomes por desvío o embrutecimiento. Precisamente cuando él insinuaba la posibilidad de algún disturbio cerebral, yo sentía encenderse mi cordura como una luz y, después de alumbrar todas las posibilidades, decirme cuán estériles serían mi disculpa, mis motivos, que sólo podrían ofrecer, sin mancharse de mentira, causas fugitivas e incorpóreas a quienes para disponer de mí tenían el argumento irrecusable de los hechos. ¿No asesinó? Sí. ¿No está manifiesta la alevosía del asesinato? Sí. Bajo el móvil oscuro del crimen, ¿no aparece claro que no recibí de ella ni ofensa ni siquiera excitación alguna? También. Por eso, cuando el fiscal habló de sadismo y de otras sandeces, viste en mis labios aquella sonrisa de impotencia, interpretada por todos como una confesión. Y, sin embargo... Hoy que, después de un año de presidio, vencido por las privaciones, domado por las labores manuales, siento la indiferencia pública cerrarse como la puerta de otra cárcel espiritual sobre el recuerdo de «mi caso», me obsesiona la idea de explicar este «sin embargo», y para no decirlo a ninguno de estos seres desventurados o perversos que conviven conmigo, pongo tu nombre al principio de este papel y escribo esta carta, que acaso no me decida a enviarte nunca.

¡Cuán absurda debe de parecer esta historia a esa infinidad de hombres vulgares y felices a quienes el Misterio no ha elegido para ahincar en ellos su garra! Para no añadir obstáculos a la casi imposibilidad de explicación, he de proceder con método y remontar el curso de mi vida casi hasta la niñez. Tú, que te sentaste conmigo en los bancos del Instituto, crearás conocerla tan bien como yo; mas siempre hay en las vidas rincones ocultos no revelados ni aun a los más próximos. Así, te extrañará saber que el día de nuestro examen de Retórica—¿te acuerdas?—, cuando me dió aquel desmayo que muchos compañeros juzgaron marullería o gana de apiadar a los profesores, vi por vez primera los ojos que habían de perderme. Los vi claramente,

dentro de mí, destacar del fondo de una cara de facciones indeterminadas, las pupilas grises, los iris muy negros y la esclerótica de un color pajizo. Aquello duró sólo un segundo; pero la mirada fué tan intensa, que durante muchos días quedó grabada en mi sensibilidad, y las dos o tres veces que quise decir a mis padres y a algunos amigos, a ti mis-

de pudieran entrar me causaba zozobra, y a veces, en medio de una conversación, mi interés se apartaba de las palabras para seguir en el aire algo invisible, algo deseoso de plasmarse y de tender hacia mí las curvas flechas de las pestañas, el círculo gris, el puntito negro chispeante y la pajiza almendra, con su brillo de concha marina... Esta tor-

hallar en cada suceso la medicina única: el olvido.

Y casi olvidé... ¿Qué no puede olvidarse a los catorce años? Pasaron diez, cursé en la Escuela de Arquitectura, y los estudios, las ilusiones y la pubertad fueron retoños tan fragantes, que más de una vez pensé en la antigua alucinación, y un molín de mofa separó mis labios.

A pesar de eso, un día me sorprendí al recordar tan bien aquellos ojos, y otro hube de realizar dolorosos esfuerzos para no pintarlos en un dibujo, cuyo modelo no parecía mucho menos vivo que mi visión interna. Entonces comprendí que debajo de las floraciones guardaba el tronco la careoma; que los ojos terribles no estaban muertos, sino ausentes, y que un día u otro se me volverían a aparecer.

Esta sensación de temor se agudizó y duró varios días, durante los cuales las alternativas me daban la impresión de que los ojos estaban como indecisos entre mirarme o no, y luego comenzaron a alejarse. No es que desaparecieran de mi memoria, sino que al pensar en ellos, los veía muy lejanos, igual que durante los diez años últimos, como al través de unos gemelos poderosos puestos al revés. Esta anomalía no modificaba ni mi vida de reacción ni mis estudios.

Salí de la Escuela con el número cinco; conocí a mi mujer; nos casamos... Mi existencia era activa y fructífera; sano de cuerpo y de espíritu, triunfaba de las envidias profesionales y a cada esfuerzo sucedía la recompensa; hasta el no tener hijos, el carácter frívolo de mi mujer y la holgura económica contribuían a procurarme la paz necesaria a mis labores. Tú has conocido mi casa, mis obras, y comprenderás cuán poco quejoso debía estar yo de eso que llaman suerte.

Sin tener nada de ogro, al contrario, gustábame ponerme a cubierto, siquiera un rato cada día, de la turbamulta social, y ahora te confieso que no era por empaque de hombre de estudio, sino por necesidad del recogimiento preciso para pensar en los ojos terribles... Porque desde el temor de la segunda aparición, ni un solo día

pude pasar sin dedicarles un rato; rato tan desagradable, tan imperativo e imprescindible a mi espíritu como algunas funciones fisiológicas al cuerpo. ¿No recuerdas haberme visto muchas veces a medio día, al sonar las cuatro, despedirme con celeridad, pretextando una ocupación que jamás confesaba ni retrasaba? Acaso también tú me atribuíste alguna aventura; confésalo... Era que mi espíritu, habituado al método riguroso de las matemáticas, llegó a regular la irregularidad que lo minaba... A las cuatro y media estuviera donde estu-

### EL ARTE FRANCÉS DEL SIGLO XVIII



TIRANDO UN BESO.—CUADRO DE JUAN BAUTISTA GREUZE

mo, algo de la alucinación, una voluntad más fuerte que mi ansia paralizó mi boca... El examen fué el 4 de junio del 82, a medio día, me acordaré siempre; y mi emoción, al resolverse en congoja, hizo posponer el último ejercicio para dos días después. Tuve notas brillantes, y mi pobre padre me compró, en premio, el reloj tan deseado desde hacía tiempo; pero ni el regalo ni las felicitaciones lograron adormecer la inquietud de volver a ver aquellos ojos; y esa inquietud se transformó poco a poco en terror. Toda puerta, toda ventana, todo sitio por don-

tura duró muchos días, casi hasta el otoño. Mi vida era entonces de ejercicios al aire libre, de nutrición sana, y, a pesar de eso, languidecía. Los médicos, después de auscultarme y de hacerme preguntas difíciles, decían a mis padres: «No tiene nada... Tal vez crece mucho, y eso es todo... Que no le aprieten demasiado al empezar el curso». Y como yo no podía decirles que aquello era obra de los ojos malditos, tomaba los reconstituyentes para no contrariar a mamá y procuraba aturdirme con los hechos, interesarme por todas las cosas, esperando



viera, me aislaba en mí mismo y me ponía a pensar en los ojos con toda mi alma. Este doloroso tributo, oculto para todos, no entorpecía en lo más mínimo mi inteligencia ni quebrantaba mi salud; ya sabes que hasta la misma mañana del suceso hice mi gimnasia y trabajé con perfecta lucidez, y que he combatido victoriosamente las insinuaciones piadosas del defensor, obstinado, igual que todos, en atribuir a falta de razón los actos cuya razón desconocen. Una existencia perfecta de equilibrio en cada día, de la cual hubiera un instante de vesania y de horror; esa era la mía.

Los meses pasaban sin aportarme ningún consuelo. A veces preocupábame la idea de sufrir una manía pueril o el comienzo de la locura; mas la regularidad de mis trabajos, mi bienestar físico y la imposibilidad de hablar o insinuar siquiera algo de aquello, me convencieron de que los ojos eran reales y de que estaban ligados a mi vida por un hilo invisible, elástico, fortísimo, que sólo la Muerte podría cortar con su segur...

Una tarde, de vuelta de reconocer un edificio ruinoso, volví a tener la impresión tremenda de que los ojos se acercaban. Habían pasado siete años desde la sensación semejante, y, sin embargo, reconocí en seguida la misma clase de inquietud, de dolor. Los ojos se acercaron lentamente durante muchos días, hasta que un domingo tuve la certeza de tenerlos ya próximos y de poder de un momento a otro encontrármelos, verlos objetivamente, como los había visto tantas veces dentro de mí, desde el día del examen de Retórica.

Y al fin los vi; los vi, no sólo un instante ni en aislamiento excitado favorable a las quimeras, sino largo rato y en medio de la calle. Era de tarde, poco después de «su hora», cuando se me aparecieron, y, como la primera vez, no percibí ni el cuerpo ni las facciones de la cara a que pertenecían. Súbitamente sentí algo punzarme hasta el fondo de los huesos, y volví la cabeza seguro de ver los iris tenebrosos, las aceradas pupilas, los óvalos vítreos de blancura terrible... Lleno de valor, y para acabar de una vez, fui a su encuentro en lugar de huirles, y durante un rato anduvimos así por entre la gente, hasta que los vi meterse en una travesía solitaria y después en el tercer portal de la derecha. Yo estaba solo y todo mi valor se volatilizó; incapaz de volverme atrás, seguí andando, y al pasar frente al zaguán los vi fulgir en la sombra, y hube de realizar un esfuerzo enorme para no entrar tras ellos... El mismo miedo multiplicó mis energías: eché a correr, me mezclé, jadeante, a la muchedumbre, regresé a casa y tuve la heroicidad de hablar de cosas pueriles para ocultar mejor mi secreto. Encontré a mi mujer en la cocina, pues acababa de despedir a la criada, y dos veces tuve intención de confesarle todo, o al menos de decirle que me encontraba enfermo; mas tampoco pude, y devoré en silencio mi fiebre fría y lúcida, y en el largo insomnio, asateando las tinieblas con la mirada, el temor me hizo desear en vano que los ojos se me volvieran a mostrar... ¡Ah, qué larga noche! ¿Cómo iba a figurarme yo que los tenía tan cerca?... ¡Tan cerca!

A la mañana siguiente fui a la oficina y estuve trabajando en unos proyectos, aunque sin lograr sacudir el malestar. Al medio día llegué a casa, entré con mi llave y, ya en el comedor, me senté a leer los periódicos, según costumbre; mi mujer no tardó en llegar; me dió el beso habitual y se sentó frente a mí; yo leía algo de teatros, y luego, la fuga de un canquero; leía tan prodigiosamente interesado, que no sentí cuándo sirvieron

la sopa, y mi mujer hubo de llamarme la atención:

—¡Vaya, a comer!... Aquí tienes la comida nueva.

—¿Qué te pasa? ¿Te sientes mal?

Denegaba con mi cabeza, y de mis labios no podía salir una frase... ¿Has comprendido lo que era? Los ojos terribles estaban allí, vivos, claros, más claros que nunca; pero no en la penumbra de un rostro como otras veces, sino en la cara de la nueva criada; y sin concordar con las facciones, con los ademanes, con la sonrisa humilde, me miraban con aquel mirar sólo visible para mí, y reducían, aniquilaban mi voluntad de estar sereno, lo mismo que la llama del soplete vence la resistencia del metal.

Yo habría gritado, huido; pero me fué imposible: dócil al consejo de mi mujer, obstinada en atribuir a debilidad y exceso de trabajo el accidente, empecé a comer, clavada la vista en el plato, y ellas dos se pusieron a hablar, a hablar... Yo no oí con el oído, sino con el corazón aquellas palabras a la vez sencillas y pavorosas:

—Usted debe de ser muy joven, ¿verdad?

—Sí, señorita. Ya ve usted, nací el 4 de junio del 82.

—¿A qué hora, a qué hora?—le pregunté, sin contenerme ya.

—¡Qué cosas tienes! ¿Cómo va a saber eso?

—A medio día, señorita... Lo sé porque mi madre me lo ha dicho muchas veces... En seguida de nacer me sacaron de aquí, y estuve entre la vida y la muerte. Luego nos fuimos a la Argentina, y hace diez años volvimos, y casi estuvimos decididos a venir a vivir aquí; pero a mi padrastro le salió otra buena colocación allá, y fuimos otra vez.

—Allí han estado siete años, ¿no es eso?

—¿Cómo lo sabe usted?

—¿Pero tú conoces a esta chica? ¿Por qué estás así?

Y una energía independiente de mi voluntad me hizo erguirme, tomar un aspecto tranquilo y decir con acento sincero:

—Tengo idea de haber conocido a su padrastro... ¿Y hace mucho tiempo que llegaron ustedes?

—Ayer. Como estamos solas mamá y yo, y los parientes no tienen casa bastante y no nos recibieron como pensábamos, pues yo le dije a mamá: «Lo que ha de ser después, que sea en seguida». Y busqué casa.

¿Cómo describirte ahora los hechos que se amontonan, que se atropellan? Sin duda, salvo los ojos, todo era bondadoso en la pobre muchacha; mi mujer le tomó gran apego, y a cada uno de mis pretextos para despedirla, supo argumentar, cual si supiera que yo no podía decirle el verdadero motivo. Desde entonces llevé en mi propia casa una vida de persecución, de tortura. Al abrirme la puerta, al entrar en una habitación, al trasponer un pasillo, los ojos se fijaban en mí, y sus iris de ébano parecían decirme: «¿Crees que no vendríamos a buscarte? Ya estamos aquí, ya no nos iremos nunca más». Al principio inventé ocupaciones, invitaciones, para escapar; pero al mismo tiempo la fuerza magnética de los ojos me atraía, y concluí, para no separarme de ellos, por hacer en casa hasta muchos trabajos que antes realizaba fuera. Te juro que en esa atracción para nada entraba su cuerpo; apenas recuerdo que era menuda, desgarrada, y que su rostro—como han notado los periódicos—nada debió de tener de seductor. Acaso hubiera en su sonrisa algo de bondad; pero bondad ajena a todo incentivo sensual. «Yo bien quisiera libertarme, y libertarme yo... ¡Tú no sabes cómo son estos ojos!»—parecían repetir, sin palabras, los finos labios, que luego vi gruesos y cárdenos... Y sí, al decir el fiscal las petulantes insulseces que dijo acerca de las degeneraciones, yo hubiera podido explicar a los jurados la verdad o ponerles ante la vista los ojos funestos y hacer hablar a los propios labios de la muerta, que de seguro me darían las gracias por haberlos librado de la terrible vecindad, ahora estaría libre... ¿Comprendes ya? ¿Debo aún contarte el resto? ¿Cómo describirte aquella vida, aquel huir constante, en la estrechez de la casa, de los ojos que era imposible dejar de mirar? Lo que pasó

habría sucedido mucho antes, si, en cien ocasiones, mi mujer no me hubiera prestado, con solo su presencia, ayuda inconsciente. Mas, al cabo, un día nos encontramos solos en la casa, y...

Yo la sentía rebullir en la cocina y estaba alerta sobre mis planes, pidiendo en una oración de todo mi ser que se quedara allá y al mismo tiempo con la convicción de que esa plegaria no sería atendida. La espera debió de durar mucho rato; no sé... Fué una de esas horas en que se siente el elemento de eternidad de cada minuto... ¿Por qué extremaban los funestos ojos su crueldad, martirizándome con aquella interminable espera? Ellos mismos, ¿no habían dicho, sirviéndose de la boca bondadosa, que lo que había de suceder después era mejor precipitarlo? Al fin sentí pasos; me levanté de un golpe, y en la oscuridad del pasillo mis manos avanzaron con furor homicida hacia los puntos enemigos, que fosforecían en la sombra y avanzaban hacia mí armados también con las armas invencibles de su mirada. ¿Por qué había de ocurrir el encuentro en las anieblas, donde yo no podía ver su cara, su cuerpo menudo, su cuello fino como un tallo, todo cuanto podía templar mi encono, donde sólo los podía ver a ellos? Hubo en esto algo misterioso y fatal... Todavía hoy siento el terrible equivoco de la escena... Yo no sentía nada contra ella, te lo juro, sino solamente contra sus ojos; si mis dedos atenazaron su garganta, fué por un ademán torpe, instintivo. Si en vez de abrir los párpados desmesuradamente y mostrarme las pupilas y el iris estático y el blanco mucho más grande y viscoso, los hubiera cerrado, te juro que me habría conformado con esa victoria, y mis manos habrían aflojado generosamente... Pero estaba escrito que los ojos habían de ensañarse en ella y en mí. Ya el cuerpo se desmadejaba inerte; ya en la piel había rigidez y frialdad, y los ojos permanecían dilatados, retándose. Y no se cerraron hasta mucho después, cuando todo era inútil. ¡Ah, si en vez de cegarme la cólera yo hubiera envarado los dos dedos índices, como dos lanzas, y los hubiera clavado en ellos!... ¡Qué gratitud me hubiera guardado para siempre la ciegucecita!

Y eso es todo, amigo... No lo digas a nadie. ¿Para qué ya? Mi mujer ha muerto, dicen que de dolor. ¡La pobre! A su existencia vulgar alcanzó también el maleficio de los ojos diabólicos. Todo se me aparece ya remoto en este aislamiento, y la ruda labor, el aire confinado, la media muerte con que la sociedad castiga, los sobrellevo. Cada semana trazo una rayita en mi celda, y ya hay muchas..., aunque bien veo que la pared—imagen de mi vida—es pequeña para contener las que faltan. Detrás de uno de los patios, un naranjo asoma un poco de ramaje, que ya ha verdecido dos veces, y cuyas nuevas flores estoy aguardando con impaciencia, como si floreciera sólo para mí... Alguna vez la nostalgia de mi vida rota me sube en marejada del corazón, y lloro, y me desespero, y me mustio; pero en seguida lo inevitable de mi culpa me consuela, y a manera de bálsamo viene la certidumbre de que ya los ojos no podrán aparecerse nunca más; de que ya no están ausentes, sino muertos. Para apagarlos fueron precisos dos vidas y una libertad: tres vidas, en fin; pero se apagaron... Te escribo de noche, viendo al través de mi ventanuco un pedazo de cielo salpicado de plata... Aún me faltan veintiocho años, seis meses, dos días y casi medio, porque deben de ser cerca de las doce... ¡Ah, si al menos mañana empezara el naranjo a florecer!

A. HERNANDEZ CATA

## POEMAS RÚSTICOS

### DESPUÉS DE LAS LLUVIAS

Dieron al yerto campo humedad  
las rumorosas lluvias de enero...  
¡Fecundidad  
de la fragante tierra en tempero!

Entre suaves nieblas, el llano,  
pardo, se aleja  
hacia los montes... Germina el grano  
bajo los surcos que abrió la reja,

y en sus sonoras ondas, el viento  
trae de las viejas torres aldeanas  
el claro acento  
de las campanas.

¡Campos mendigos  
y desolados,

sin la dorada luz de los trigos  
ni la voz recia de los arados!

¿Es esta tierra la ancha Castilla  
donde en agosto  
se alzan los viejos cantos de trilla  
y en los racimos se enciende el mosto?

¿Es esta yerta  
tierra la tierra recia y profunda,  
siempre a la savia del agua abierta  
y, bajo el fuego del sol, fecunda?

Dieron al yerto campo humedad  
las providentes lluvias de enero...  
¡Fecundidad  
de la fragante tierra en tempero!

José María PLATERO



# KEES VAN DONGEN O EL SUBJETIVISMO DEL RETRATO.

El éxito—el triunfo, podríase decir sin hipérbole—de Kees Van Dongen en los salones parisinos de estos últimos años—sobre todo en el último Salón de otoño—, no obedece únicamente, como creen algunos, a la fisonomía ilustre de sus modelos. El retrato de Anatole France, universalmente célebre y universalmente discutido, no ha «descubierto» a Van Dongen: todo lo más, lo ha confirmado. Ha hecho estallar esta representación, para los unos—y entre ellos para el maestro retratado—, *supersensorial* y definitiva; y para los otros, humorísticamente inadmisibile—si es broma, puede pasar—; ha hecho estallar esta representación del padre de monsieur Bergeret un triunfo de proporciones tal vez inesperadas, pero de significación, desde luego, latente. No lo ha hecho repentinamente brotar.

¡Pero si en lugar de ser aquel retrato el de Anatole France, hubiera sido el de un señor Bergeret provinciano y cualquiera!... ¡Ah! Claro; para abrir el camino del éxito, el modelo aquí fué una palanca incomparable, e invirtiendo la frase de antes, puede asegurarse que, aunque el pintor no hubiera sido éste, aunque hubiera sido un pobre muchacho, un pobre de la escuela o de la bohemia, el retrato de Anatole France no habría dejado de llamar la atención. Mas en este caso la llamaría únicamente a causa del modelo, y el artista, aunque hubiera puesto en el lienzo su firma con letras doradas, permanecería anónimo. Y debemos, por el contrario, tener muy presente que el *clou* del último Salón, el cuadro hoy ya universalmente conocido, no es el «Retrato de Anatole France», sino el «Retrato de Anatole France por Van Dongen». La distinción se impone de por sí.

Van Dongen era ya, por lo tanto, con anterioridad a esta confirmación de su fama, un artista de nombre bastante enérgico para no quedar en la sombra junto a la aureola de ningún modelo. Esto, muchos lo sabían; pero más todavía eran los que lo ignoraban.

Y nosotros diremos francamente que no nos gusta el retrato que Van Dongen ha hecho de Anatole France, como tampoco nos gustan los demás retratos que hace de las demás gentes, menos ilustres. No nos gustan como retratos; pero sí nos gustan como interpretaciones personales.

En un retrato, el sentimiento más subjetivo permitido es el de colaboración: colaboración, intercambio entre el artista y su modelo, compenetración de aquél con éste, y éste visto a través de aquél. Y no se sabe cuál de los dos da más; cuál de los dos pone más de su parte;

cuál de los dos avanza más hacia el otro. ¿Podría el Greco haber pintado sus retratos si no hubiera ido en busca de la intimidad de sus modelos? Pero, ¿podrían éstos aparecer cual los vemos, de no haber quedado cristalizados en el temperamento de su pintor? El retrato puramente objetivo, el que sólo quiere dar

alcanzan—la colaboración con el modelo, no nos satisfacen como retratos. Pero si como manifestaciones de arte subjetivo.

¿Podríase decir el pintor de las hiperrestesias? Existen los pintores ingenuos, los sensuales y los apasionados; los

llo, como para reprimir un ahogo súbito y momentáneo, no estaría tal vez mal aureolarlo con reminiscencias de narcóticos y de embriagueces intelectuales. En él, la modelo, una artista muy del París moderno, hállase dócilmente plegada a la voluntad hiperestésica del pintor.

Y esta otra mujer hierática y duramente sentada, con el hie-ratismo y la dureza de una figura de hipogeo, ¿no ve acaso toda la fatalidad buscada y forzada de sus languideces en esas manos, que hacen frente a ella un gesto arbitrario de canéforas?

La incógnita de estas manos es pavorosa; el búcaro florido que sostienen tiene algo de las visiones que quedan de las pesadillas y mucho de caja de Pandora. Una caja de Pandora que, en lugar de la esperanza, guardase en su fondo la obsesión.

Pero los hay que, por el contrario, ven un Van Dongen transparente, nítido, infantil casi. El afán de la espontaneidad, cuando atormenta a un artista moderno—es decir, a un artista que arrastra consigo el peso de todas las luchas espirituales y de todas las conquistas técnicas que le precedieron—, ese afán no le hace ser sencillo, sino complejo y hasta complicado. Con el sistema de interpretación ingenua y de verdad espontánea se alcanza el resultado de las únicas interpretaciones ingenuas y de los aciertos espontáneos de los únicos artistas inconscientes que hoy existen fuera de los pueblos salvajes: los niños. Y se llega, como en los dibujos infantiles, a destruir la unidad o la armonía de un cuadro para concentrar toda su importancia en uno de sus detalles: el más llamativo.

Pero en las obras de Van Dongen, ¡qué unidad! ¡Qué preocupación por la continuidad, la no interrupción del ritmo! ¡Cuán visible el deseo de emoción sintética y total! Se piensa involuntariamente en el único pintor de quien—sin asemejarse a él—puede descender este holandés exasperado y cerebral: en su compatriota Van Gogh,

maestro de todos los subjetivismos de la pintura moderna. No es tan concentrado Van Dongen; es menos puritano y más sensorial. Sabe menos de la profundidad de los aspectos; sabe más de la armonía de una forma o del misterio de una mirada de mujer. Pero Van Gogh, para muchos, es demasiado áspero, de un subjetivismo que repele todas las posibilidades de intimidad superficial. Y Van Dongen, sin ser superficial, puede acoger, sin profundizar ninguna, muchas y fuertes sensaciones.

Julio AROZARENA



A BORDO DEL YATE.—CUADRO DE KEES VAN DONGEN

la verdad del modelo, no es retrato: es reproducción de lo exterior. Reproducción que puede ser magnífica, soberbia de ciencia y de aciertos, pero cuya verdad no pasa de ser a flor de piel. Y tampoco existe el retrato puramente subjetivo; aquel que quiere dar, ante todo, la verdad de su autor; pues entonces no es sino una figura que encarna un sentimiento que podría existir idéntico, con la misma fuerza y la misma significación, en otra figura totalmente distinta, de la misma mano. Por esto, los retratos de Van Dongen, que desprecian—o no

pintores de las épocas de esplendor regio, los de los ambientes de misticismo flagelante y los de los tiempos de inefable candor, en que los santos hablaban al agua y a los pájaros. También los de ciencia excesiva y los de abotargada sensibilidad. ¿Por qué no admitir también, mejor dicho—pues la aceptación, más que tácita, es inconsciente—, por qué no reconocer también a los de las simplificaciones cocainómanas? A este retrato de Van Dongen, que representa a la mujer joven echada hacia atrás con enfermizo refinamiento, llevándose la mano al cue-



# LOS POEMAS DE LA EVOCACIÓN

## CABALGATA

¡María Paz, Josefina, Consuelo...! La distancia  
y el tiempo hacen más suaves vuestros nombres lejanos.  
¡Jardín de juventud! Melodía y fragancia.  
Rosas en los balcones... Chopin en los pianos...

¡Oh, blancas y celestes mujercitas, que son  
un alado recuerdo de la ciudad natal!...  
Nombres que eran el único latido de emoción  
entre la vida necia de aquel pueblo banal.

¡Cómo se abre en silencio la puerta de mi vida  
a vuestra áurea y lejana saudade! La cisterna  
del corazón se inquieta y tiembla estremecida.

¡Inefable virtud de la vida vulgar!  
Pasa la juventud—la cabalgata eterna—  
y el corazón se asoma para verla pasar.

¡Mercedes, María Luisa, Raquel y Carolina...!  
Dorada cabalgata de novias provincianas,  
que traen a mis oídos la nostalgia divina  
de aquellas luminosas primaveras lejanas.

Rostros de luz, que alumbran el camino pasado,  
como el temblor de oro de una antorcha infinita.  
¡Tardes en que cruzabais por el viejo internado  
a través de los claustros de Santa Margarita!

Otra vez vuestros nombres—celeste melodía—  
suenan en mis oídos como una sinfonía  
de juventud. ¡Ya todo se marchitó por fin!

Faltaron a la cita la Gloria y el Amor.  
El laurel y la rosa son flores de dolor.  
¡Impera ya el otoño sobre nuestro jardín!

Envío.

¡Eloisa, Isabel, Margarita...! Han cruzado  
—gentiles y enlutadas—por mi calle desierta...  
La tarde está en silencio; por la ventana abierta  
llega a mi estancia el aire, de acacia perfumado.

Crepúsculo de mayo. Florecen los balcones,  
cuajados de macetas, sus rosas peregrinas.  
¡Eloisa, Isabel, Margarita...! ¡Oh, divinas  
siluetas que despiertan mis viejas ilusiones!

Cuántas tardes de estío, por el viejo paseo  
de provincia, os he visto, silenciosas, cruzar,  
lentamente, gentiles, arrastrando el trofeo

de vuestros veinte años enfermos de quietud.  
¡Y qué pena me ha dado la tragedia vulgar,  
dolorosa y terrible de vuestra juventud!

Ciudad abandonada. Callejas retorcidas.  
Restos de torreones. Silencio... Soledad...  
Casitas halagüeñas, de ventanas floridas.  
La vieja Colegiata. La sombra de un abad.

Viajero hacia lejanas tierras desconocidas  
el río—manso y pobre—cruza por la ciudad,  
y sueña en el espejo de sus aguas dormidas  
la mole gigantesca de la Universidad.

¡Oh, ciudad de Castilla, legendaria y querida,  
donde dejé enterradas las rosas de mi vida!  
Calles llenas de sombra y de emoción. Dintel

—bajo el claro de luna—de una novia galana...  
¡Oh! Aquella morenita romántica y lejana...  
(¿Carolina?... ¿Eloisa?... ¿María Paz?... ¿Isabel?...)

## VENTANAS

Invocación.

¡Ventanas, ventanas, floridas ventanas...!  
Vieja encrucijada de las Herrerías...  
Luna de las blancas noches castellanas  
entre el enrejado de las celosías.

Sobre los calados de la enredadera  
vierten los geráneos su carnal aroma  
y siente la carne garras de pantera  
y el alma celestes mimos de paloma.

¡Noches estivales en las solitarias  
rejas florecidas...! ¡Brujo encantamiento  
del viejo convento de las Trinitarias,

con su mole augusta, llena de inquietud...!  
¡Rosales marchitos de mi sentimiento  
sobre los jardines de mi juventud!

Ventana de Lola.

Ventana de Lola, la novia morena...  
Reja silenciosa y confidencial  
en la oscura calle de la Magdalena,  
frente a los cipreses de la Catedral.

La luna a las flores de la reja arranca  
divinas blancuras, y entre la quimera  
de los jazmineros, tu silueta blanca  
abre los jardines de su primavera.

¡Noches silenciosas, noches misteriosas,  
llenas de fragancia sensual de rosas...!  
¡Noches estivales de albura lunar...!

En la vieja torre, sobre la velela,  
alza la cigüeña su extraña silueta...  
¡Y tiene la reja prestigios de altar!

Ventana de Carmen.

Esa es la ventana de Carmen... ¡Poeta,  
despliega tu rica capa sevillana,  
de rojos embozos, ante esa ventana  
desde la que Carmen canta una «saeta»!

Viejas procesiones de Semana Santa...  
Noches perfumadas de amor en Sevilla;  
¡aroma de acacias y de manzanilla,  
mientras la «saeta» tiembla en su garganta!

¡Carmen, Carmen, Carmen...!—Maga Andalucía—  
Evoca tu nombre la melancolía  
de esta raza enferma de lujuria y fe...

Las fiestas de toros y las procesiones,  
las blancas mantillas, los negros mantones  
¡y aquella tristeza que vió Meerimée!

Ernesto LOPEZ PARRA



# AVENTURAS DE PERRÍN Y PIRULA



PERRÍN era curioso y valiente; esto es decir que tenía una vocación extraordinaria para ser héroe de aventuras.

Y así ocurrió que un buen día renunció heroicamente a la tranquilidad de su casa y a los mimos de sus padres, y echó a andar carretera adelante, con la firme resolución de ver cosas raras y de demostrar su valor sobrehumano.

Andando, andando, llegó al borde del mar y embarcó en un buque que iba a partir precisamente con rumbo a tierras lejanas y desconocidas.

Pero durante la noche se levantó una tempestad, que arrojó el buque contra unas rocas, donde se hizo cisco; toda la tripulación pereció. Perrín se salvó a nadó y abordó milagrosamente a una isla preciosa.

Hecho una sopa y tiritando, vio un castillo enorme, y fue a llamar a la puerta; salió a abrirle un gigante formidable, con un solo ojo en medio de la frente.



—¿Quién eres y qué buscas?—preguntó el gigante, con voz de trueno y cogiendo a Perrín entre dos dedos para verlo mejor.

—Soy Perrín y voy en busca de aventuras—contestó nuestro héroe, fieramente.

—En buena hora llegaste, pues necesito de un criado y te tomo a mi servicio. Yo estaré ausente de aquí todo el día; solamente te encargo que barras la cuadra, y te prohibo que curioses por mi casa. Como me desobedezcas, a mi regreso te comeré de un bocado.

—Para barrer la cuadra me sobra tiempo—pensó Perrín al quedarse so-

lo—, y si me prohíbe que curioso sea en su casa será porque habrá algo que ver.

Y con este excelente razonamiento entró en la primera habitación que encontró; vio una chimenea con una olla llena de caldo, que hervía sin lumbre.

—¿Qué brujería es ésta?—se preguntó Perrín.

Metió un dedo, lo mojó en el caldo y, cuando lo sacó, vio que tenía un color cobrizo.

—¡Vaya un caldo extraordinario!—pensó.

En la segunda habitación había una olla idéntica. Perrín metió otro dedo y lo sacó plateado.

—En casa de mis padres—pensó Perrín—el caldo no es tan bonito; pero apostaría a que sabe mejor.

En la tercera habitación había otra olla igual que en las dos primeras, y el dedo que introdujo salió dorado.

—Pues, señor—siguió pensando Perrín—, en la habitación siguiente me encontraré con un caldo de perlas y de brillantes.

Pero en la cuarta habitación no había ni chimenea ni olla, sino algo mejor: una joven de deslumbrante belleza, singularmente ataviada y cubierta de alhajas de mil colores, hilando ante la ventana.

—¿Quién eres tú?—exclamó la joven al ver a Perrín.

—Soy el nuevo criado del gigante—contestó el muchacho.

—¡Que Dios te retire pronto de su lado!

—Pues no parece mal servicio—protestó nuestro mozo—; ya ves, por hoy tan sólo tengo que barrer la cuadra.

—¡Desdichado! ¿Y tú no sabes que eso es imposible? A medida que saques la basura por la puerta, entrará diez veces más por la ventana.

—¡Caramba!—murmuró Perrín, rascándose una oreja. ¡Esa es otra!

—No te apures—prosiguió suavemente la desconocida—; yo te daré el medio de burlar la malicia del gigante. Vuelve la escoba; barre con el mango, y al punto quedará limpia la cuadra.

—¿Y quién eres tú que tan enterada estás de tales brujerías?—preguntó Perrín, sorprendido.

—Soy Pirula, la hija de un hada, mortal enemiga de la bruja madrina del gigante. Este, siguiendo los consejos de la bruja, me raptó y me hizo su esclava.

—Yo te salvaré y huiremos juntos del castillo maldito—exclamó Perrín, entusiasmado y caballero.

Después de besar cortésmente la mano a la linda Pirula, se fue a la cuadra, barrió la basura con el mango de la escoba, y todo quedó tan limpio y reluciente, que se hubiera podido comer natillas en el suelo. Luego, el joven fue a sentarse delante de la puerta y vio llegar al gigante.

—¿Has barrido la cuadra?—preguntó el monstruo con su voz de trueno.

—Barrida está, mi amo—contestó Perrín, mirándole con ojos llenos de candor.

El gigante entró en la cuadra y salió furioso; lanzó a su criado una mirada terrible, se mordió los labios, gruñó entre dientes y se fue a acostar.

Al día siguiente dijo:

—¡La trabajo de hoy será fácil y agradable: sola-

mente habrás de ir al monte a buscar mi caballo, que está paciendo. ¡Ay de ti como no le traigas o curioses por mi casa!

Tan pronto como volvió la espalda, Perrín corrió al cuarto de Pirula.

—Poco trabajo tengo que hacer hoy—le dijo alegremente—; nada más que traer a casa el caballo del gigante.

—¡Desdichado!—exclamó Pirula—. Ese monstruo te envía a la muerte; su caballo es una fiera, que arroja llamas por la boca y abrasa a todo el que se acerca. Pero yo te daré el medio de burlar la crueldad de nuestro tirano. Coge el freno que cuelga de la puerta de la cuadra; cuando veas acercarse al caballo, arrojáselo a los dientes y se tornará más manso que un cordero.

—Así lo haré—dijo Perrín.

Se sentó a los pies de Pirula, y ambos charlaron de sus proyectos de evasión.

Al llegar la tarde, Perrín fue a coger el freno encantado y se dirigió hacia la montaña. Al poco rato vio llegar, brincando y relinchando, un caballo del tamaño de un elefante, que empezó a arrojar llamas por la boca. Perrín, sin inmutarse, le arrojó hábilmente el freno entre los dientes, y al punto las llamas se apagaron y el animal fue a inclinarse sumisamente ante su domador. Perrín saltó sobre él, volvió triunfalmente a la casa del gigante, se sentó ante la puerta y esperó la llegada del monstruo.

—¿Dónde está mi caballo?—rugió el gigante.

—En la cuadra, mi amo—contestó Perrín con la mayor ingenuidad del mundo.

El gigante ahogó un grito de rabia. Al día siguiente llamó a su criado y le dijo con sonrisa burlona:

—Hoy irás al infierno a cobrar mis rentas; nada más. ¡Ay de ti como abras una sola puerta de mi casa!

Se fue, y Perrín se quedó preocupado, rascándose una oreja.

—Yo no he estado nunca en el infierno, ni falta que me hace—murmuraba—, y no sé ni cómo ni por dónde se va. Esta expedición me hace muy poca gracia. Vamos a ver lo que dice nuestra amiga Pirula.

Fue en busca de la joven y se lo contó todo.

—No te preocupes—dijo Pirula—; también esta vez puede salvarte mi ciencia. Al pie de la montaña hay una gruta que cierra una enorme roca; es la puerta del infierno; da tres golpecitos con el dedo meñique de la mano izquierda, y la roca se apartará; al demonio que aparezca, cubierto de fuego, dile lo que buscas, y no se te olvide añadir que no quieres más de lo que puedas llevar. Esto es todo.

Aquel día, además de sus proyectos de evasión, Perrín y Pirula charlaron también de cierto proyecto de matrimonio. Al llegar la tarde, Perrín fue al pie de la montaña, vio la roca y dió tres golpecitos con el dedo meñique de la mano izquierda. La roca se apartó con un ruido espantoso, y apareció un demonio cubierto de fuego.

—¿A qué vienes?—preguntó el demonio.

—Vengo a buscar las rentas del gigante—contestó Perrín.

—¿Cuánto quieres?

—Sólo lo que pueda llevar.

—Así me gusta; pasa.

Perrín entró y se halló en una gruta llena casi hasta arriba de oro, brillantes, perlas, rubíes y esmeraldas. Sin entretenerse en contemplar tan fabulosos tesoros, Perrín se apresuró a llenar un saquillo que llevaba, y salió disparado hacia la casa; se sentó ante la puerta y vio llegar al gigante.

—¿Dónde están mis rentas?—gritó el monstruo.

—Aquí las tienes, mi amo—contestó Perrín, tendiéndole el saco.

Tal fue la rabia del gigante, que no supo contenerse:

—¿Tú has visto a Pirula!—exclamó.

—¿Qué animal es ese al que llamas Pirula? ¿Es una perra o una cotorra?—preguntó Perrín, con su inocencia acostumbrada.



El gigante le volvió la espalda sin contestar; pero aquella tarde, en lugar de salir, entró en el cuarto de Pirula, le dió un cuchillo y ordenó:

—A la puerta de la casa está mi criado; córtale la cabeza y ponla a cocer en la olla grande. Cuando el caldo esté en su punto, me avisarás.

Luego se tumbó en su cama y se puso a dormir a pierna suelta.

La joven no perdió el tiempo en contemplaciones. Preparó la olla y la llenó con todo lo que le vino a mano: tapetes, almohadones, zapatillas viejas, ¡qué sé yo! Después, fue a la primera habitación y de la olla que hervía sin lumbre



sacó una bolita de cobre; fué a la segunda, y sacó de la olla una bolita de plata, y en la tercera sacó de la olla una bolita de oro.

Finalmente, se acercó a Perrín y le contó lo sucedido.

—Huyamos—añadió—; el tiempo apremia. Antes de ponerse el sol, debemos haber abandonado esta isla maldita.

Cuando el gigante se despertó, fué a destapar la olla grande para respirar el olor del caldo. ¿Cuál no sería su estupor al ver, en lugar de la cabeza de su criado, aquel montón de trapos viejos?

—¡Pirula!—gritó.

Nadie contestó.

—¡Perrín!—tornó a gritar.

Nada.

Entonces el monstruo comprendió que sus víctimas se habían burlado de él, y echó a correr en su busca. Tenía las piernas tan largas y daba unos pasos tan grandes, que al poco rato los fugitivos oyeron su sople formidable.

—¡Estamos perdidos!—dijo Perrín con una serenidad heroica.

—Todavía no—dijo Pirula.

Sacó de su bolsillo la bolita de cobre y la tiró al suelo, diciendo:

Linda bolita, linda bolita,  
salva a Perrín y Pirulita.

Y he aquí que la tierra se abrió ante el gigante, que se encontró con un abismo infranqueable entre él y los fugitivos. Empezó a correr de un lado para otro, buscando en vano un paso; al fin tuvo que irse a un bosque lejano, donde desarraigó una encina enorme, que extendió sobre el abismo a modo de puente.

Perrín y Pirula llegaban ya al mar, cuando volvieron a oír el sople formidable de su perseguidor; ¡y no había ni una triste lancha que los pudiera salvar! Perrín se dispuso a vender cara su vida. Pirula sacó de su bolsillo la bolita de plata y la arrojó al agua, gritando:

Linda bolita, linda bolita,  
salva a Perrín y Pirulita.

En el mismo momento, como surgiendo del fondo del mar, apareció un barco, con sus blancas velas desplegadas. Los fugitivos se precipitaron a la embarcación, que se alejó al punto, y cuando el gigante llegaba a la orilla, ya estaba lejos, dejando tras sí una estela de espuma plateada.

A los gigantes parece ser que les gusta poco el agua. Aquél, exasperado al ver escapársele su presa, empezó por coger en sus manos enormes rocas y arrojárlas contra el barco con todas sus fuerzas. Afortunadamente, la ira le hacía temblar el pulso, y ni por casualidad logró dar en el blanco.

Entonces, ciego ya de rabia, se precipitó al mar, cuyas olas apenas le llegaban a las rodillas; tal era su desmesurada estatura. Ya el barco desaparecía en el horizonte y, sin embargo, el gigante daba pasos tan fenomenales, que a los pocos minutos casi lo hubiera alcanzado con sólo alargar el brazo.

Frente a la muerte, que parecía inevitable, Perrín estaba sereno y valiente como siempre. En cuanto a Pirula, prorumpió en un llanto desconsolador, lo cual no la impidió sacar de su bolsillo la bolita de oro, ¡la última!, y arrojárla al mar, suplicando entre sollozos:

Linda bolita, linda bolita,  
salva a Perrín y Pirulita.

Y ante el gigante, aterrado, surgió un gigantesco tiburón, que abrió una boca colosal y, ¡ham!, se lo tragó de un bocado. ¡Perrín y Pirula estaban salvados!

Poco después abordaron a un puerto

y llegaron a la casa de Perrín, donde el joven fué acogido con los brazos abiertos.

Después de relatar sus extraordinarias aventuras, Perrín presentó a su compañera, y, breves días después, la boda se celebró con todo fausto y regocijo.

El hada, madre de la desposada, fué madrina de la boda, primero; luego, de todos los hijos que nacieron, y huelga decir que a todo el mundo hizo el don magnífico de una eterna ventura.

Dibujos de BARTOLOZZI.

PINOCHO

## EL TEATRO DE BATAILLE

III

DEJAMOS el otro día en suspenso algunas someras consideraciones sobre el teatro de tesis, ya casi desahuciado de la escena. ¿Valdrá la pena de exponerlas? El teatro de tesis era, dentro del artificio dramático, una redundancia, porque al amañar de los caracteres sumaba lo convencional de las situaciones. El autor partía de un supuesto moral y concertaba la acción escrupulosamente para dejarlo demostrado con toda claridad en el desenlace. Todo en la obra estaba subordinado a una preocupación de geometría espiritual: el medio, los caracteres y las situaciones. Cada personaje o simbolizaba una pasión o se revestía exteriormente de un sentido abstracto bien visible, para que el público no se despistase.

Ese arte, un poco primitivo no obstante sus apariencias filosóficas, no tenía, en último resultado, otra finalidad trascendente que la de renovar, por medio de la ficción escénica, el eterno duelo que vienen sosteniendo Ormuz y Arimán desde el origen del mundo. En el fondo, el dramaturgo sólo aspiraba a poner frente a frente los dos principios que rigen los movimientos de la conciencia humana: la virtud y el vicio, el bien y el mal.

La solución del conflicto entre esos dos principios morales solía ajustarse al temperamento del escritor; si éste era pesimista, daba el triunfo al mal, y si su visión de la existencia le inclinaba al optimismo, ordenaba el curso de su obra de modo que la victoria fuese del bien. Ese teatro de caracteres rectilíneos y de situaciones netas ha gozado de cierta boga por su significación docente, sobre todo en la segunda mitad del siglo último. El autor transformaba la escena en algo mixto entre la cátedra y el púlpito, y solía ser aplaudido. No era raro que aquella absurda técnica estética diese al escritor la reputación de moralista.

A ese arte excesivamente simplista sucedió un género teatral intermedio, en el que la tesis aparecía disimulada debajo de una ficción dramática más natural. Los caracteres eran menos precisos y más flotantes, lo que quiere decir que el autor ahondaba más en la conciencia humana para el hallazgo de los móviles de los actos, y las situaciones no respondían, como en el teatro de tesis, a un pie forzado. Por debajo de la acción externa seguía palpitando un pensamiento moral director, equivalente a la tesis; pero disimulado entre las peripecias tristes y alegres de la obra, no se imponía tiránicamente al espectador. Aquella variedad escénica era, a pesar de sus convencionalismos, un paso hacia la realidad. El procedimiento usual en aquel caso consistía unas veces en poner a seres normales, esto es, a criaturas de carne y hueso, de esas que, por vivir al nivel de lo vulgar, no asombran a nadie con la elevación de sus ideas ni con la grandeza de sus actos, en circunstancias excepcionales. Emplazados por el azar en condiciones fuera de lo corriente, aquellos seres caían con facilidad en lo cómico y en lo absurdo, y entonces se producía el vodevil. Otras veces el dramaturgo inver-

tía el procedimiento colocando a personas excepcionales en un ambiente vulgar, y la desproporción entre la mentalidad de los personajes y la ramplonería del medio social en que se agitaban era tan manifiesta, que se llegaba al mismo resultado cómico; esto es, al vodevil.

Ese género intermedio, que parece vástago degenerado de la alta comedia, ha sido y es el que más constantemente goza de la predilección del público. La gente que busca en el teatro, no los motivos éticos de una posible renovación de su conciencia, sino el estimulante digestivo que nos prepara un sueño reparador sin pesadillas, continúa fiel a esas obras que, por otra parte, han enriquecido a sus autores. Estos, aun a riesgo de hipotecar sus probabilidades de inmortalidad, han caído del lado de la taquilla, indiferentes a las acrimonias de la censura literaria.

Pero existe una casta de escritores que no se resignan a inmolarse la gloria futura al interés presente, y a esa delicada categoría pertenece Henry Bataille; que consideran sonada la hora de ensanchar las fronteras del teatro, expropiando otras regiones de la psicología y de la moral, que el dramaturgo había respetado hasta hoy. ¿Qué elementos aprovechables escénicamente, existen en esas ignoradas regiones del alma humana? El insigne dramaturgo nos lo va a decir con elocuencia difícil de superar.

El teatro—son sus palabras—acabará por despojarse poco a poco de los innumerables convencionalismos que entorpecen su evolución desde hace siglos. Porque está escrito que el teatro alcance la plenitud estética a que parece predestinado. ¿No es, en suma, el género al que vienen a confluir todas las modalidades literarias, lo explicable y lo inefable, lo real y lo poético de la vida? La escena tiende a representar plásticamente el ser integral. El estado actual del arte dramático y las preocupaciones del público no nos permiten de momento la reforma fundamental del género; pero está fuera de duda que el teatro alcanzará algún día aquel grado de perfección total y de plenitud de expresión que parecen ser su fin definitivo y la esencia misma de sus leyes. Nuestra época es ya más favorable que las precedentes

para la iniciación de aquella reforma, puesto que coincide justamente con una evolución moral de las costumbres, que se extiende a todos los problemas de la conciencia.

El punto de partida de toda renovación artística debe ser el respeto a la verdad—escribe Bataille—. Pero, ¿cuál es esa verdad, Meca misteriosa hacia la cual peregrinan todos los artistas? No se trata de una verdad directa y superficial, cobertera de un realismo aparente y grosero, verdad fácil de conquistar, con la que los artistas poco escrupulosos transmiten al público, sin gran derroche de talento, la ilusión de la vida. Para nosotros—añade el insigne autor—hay dos categorías de verdades: unas, las verdades externas, que se derivan de las apariencias exactas y proporcionales de las cosas. Todo lo enunciado en la naturaleza, todo lo tangible, así como también el lenguaje hablado y el espectáculo ambiente, está comprendido en ese orden de verdades. Por verdades internas entendemos lo que pertenece al secreto de las almas, lo que bulle en el individuo y no se traduce directamente con palabras, o sean las razones profundas y determinantes de los actos, lo inconsciente y lo deliberado de nuestros móviles de acción. Todo ese mundo misterioso e inefable, ¿no constituye el interés más intenso de la vida? ¿Cómo hace intervenir ese mundo en un arte todo superficie, apariencia y convencionalismo, ya que no es otra cosa el teatro contemporáneo? Disponemos para alcanzar ese fin de dos lenguajes que corresponden exactamente a dos estados de la realidad: el exterior y el interior; el idioma indirecto y la frase directa. El lenguaje directo—¿habrá necesidad de definirlo?—es el que usamos para exponer sin rodeos nuestros sentimientos y nuestras pretensiones. Las exigencias espirituales requieren el empleo de otro idioma menos preciso, más flotante, más lleno de matices. Todo el teatro antiguo y tradicional, a partir de Esquilo, hasta Racine, ha preferido, como más elemental, el lenguaje indirecto. Solamente Shakespeare acierta a sustraer su arte de ese lenguaje, y eso en la forma más esquemática: el monólogo. ¿Por qué no han usado otro lenguaje nuestros antiguos dramaturgos? Sin duda porque el público era incapaz de la sagacidad necesaria para comprender el otro, que seguramente hubiese repudiado por oscuro. ¿Será más penetrante la multitud contemporánea? Henry Bataille se inclina a admitirlo. La justa asociación de esos dos medios expresivos constituirá, según el dramaturgo francés, la base del arte dramático futuro. Ahora bien, ¿en qué medida ha realizado él sus teorías? El estudio de algunas de sus obras nos lo va a decir.

Manuel BUENO

## EL "DON JUAN" DE AZORÍN

AZORÍN acaba de publicar una nueva novela: *Don Juan*. No os engañe este nombre; el Don Juan de Azorín no es una nueva encarnación del tipo inmortal. Pertenece al mundo familiar de que se ha rodeado Azorín como quien puebla de sombras la propia soledad para refugiarse en el diálogo ideal y puro. ¿Sombras? No. Mejor diría desdoblamiento de sí mismo, depuraciones y entelequias, para alcanzar en ellas la ansiada y suprema sencillez del alma.

Sirven de lema a Azorín en su nuevo libro unas palabras de Racine en el prefacio de *Berenice*: «Toute l'invention consiste à faire quelque chose de rien». ¿No está ahí todo Azorín? Ahora ya se

puede apreciar con plena fijeza cuál será la herencia que este escritor habrá aportado a la literatura castellana. Destácase, ante todo, una clara, inconfundible originalidad. Azorín ha creado un género, aunque tan personal, que toda imitación que de él se hiciese resultaría amaneramiento enojoso. El estilo es consubstancial con la espiritualidad, en esa literatura tenuemente alada. Muestra un horror previo a los efectismos logrados por medios ajenos a la expresión pura y simple. Mantiénese el autor en una línea media sutilísima entre su propia vibración y los peligros verbalistas de la forma.

Se comprende que la *Berenice* de Racine



ne sea la manifestación más alta de ese ideal de suma intensidad en la suma simplicidad. En esa categoría culmina el sentido clásico francés; y comprendo que, para todo temperamento nativamente clásico, ella es el canon inmortal.

Ahi está, pues, otra cualidad primaria de Azorín: el alma clásica. ¿Dónde están las fuentes de su inspiración? A pesar de su riqueza léxica, tersamente castiza, yo creo que Azorín es un discípulo directo de la cultura francesa. No hablemos ahora de Montaigne, a quien debe otro de sus rasgos, al cual nos referimos luego. El gran siglo francés pudo darle una enseñanza que no le dieron nuestros siglos de oro. ¿Por qué? Razones étnicas, de no muy fácil exploración, encaminaron el sentido poético español hacia la extensión, a expensas de la intensidad, mientras el afán primordial del sentido poético francés siguió una tendencia inversa. Los dos teatros manifiestan muy clara esa contraposición. De ahí la impropiedad relativa con que damos el nombre de clásica a nuestra dramaturgia fundamental. No olvidemos el criterio con que Azorín ha expresado la divergencia nativa entre su temperamento y el de aquellos autores al estudiar muchas de las obras típicas del teatro español.

Todo dinamismo exterior es un peligro para ese ideal de pureza, porque el movimiento, *qui déplace les lignes*, rompe siempre la norma de permanencia vital, eterna, independiente de todo anecdotismo. Azorín es un apolíneo. No hay que insistir sobre la conocida prevención que considera la violencia de las actitudes como primer germen de las decadencias. *Berenice*, reduciendo a tragedia un pasaje de Tácito, representa el máximo esfuerzo para devolver al primitivo estatismo hierático la representación del conflicto pasional.

¿No tuvo Flaubert el mismo designio cuando construyó su admirable cuento *Un corazón sencillo*?

Otra nota capital de Azorín es su peculiar sentido de la sugestión y de la ironía; ahí está la paternidad de Montaigne, que le dió su escepticismo amable y

elegante, y ese apartamiento artístico de la realidad que pudo encerrarle en la torre de marfil y que, por una curiosa consecuencia, le ha llevado a ciertas desconcertantes intervenciones en la vida pública evidentes contradicciones entre el pensamiento y la vida...

En esa filiación de su espíritu encontramos también el abolengo enciclopedista, no en la forma volterriana, sino en la manera de Montesquieu, de tan conocida fecundidad en nuestra propia tradición española.

Y por ese nombre de Montesquieu se nos hace patente el parentesco espiritual con otro gran predecesor que acentúa la significación genérica latina de Azorín: Maquiavelo, y con él sus descendencias españolas, que culminan en Saavedra Fajardo y en Gracián.

Pero acaso más que un latino deberíamos ver en Azorín un occidental; porque su interpretación del paisaje, sobre todo, y la estructura del plan de sus narraciones recuerdan la sobriedad inglesa.

Su *Don Juan* es un *ensimbo*; pero con intención estética, que es la valedera. No hay en él innovación alguna sobre el Azorín que ya conocíamos, ni puede considerarse como iniciación de nuevas maneras en ese escritor, a cuyas dotes de ecuanimidad y moderación corresponden la persistencia y la fidelidad para consigo mismo.

Van desfilando por las páginas aquella sutil combinación de minuciosidades y rasgos sobrios, que coloca al lector en el ambiente como por imperceptible sugestión. Cada capítulo es una nota con valor propio, aunque integrada armónicamente en el valor sinfónico y total de la obra. El materialismo fecundo de los detalles tiene una eficacia indirecta para que resalten las notas contiguas. La tela de un piano que suena en una calleja aldeana, en esa hora vaga entre el trabajo matinal y el de la tarde, entre la siesta y el paseo, puede alcanzar así una desconocida capacidad de sugestión. O un diálogo inconexo, de frases tópicas,

inexpresivas, enlazándose imperceptiblemente con una nota roja de crepúsculo o con el campanear de una espadaña de ermita, pueden envolver misteriosas revelaciones, que ni el autor mismo, al sugerirlas, aprecia en toda su longevidad...

He aquí, en fin, otro de los valores de innovación aportados por Azorín. Así como en cuanto a la revisión de nuestros clásicos, ha sabido descubrir tonos y matices inadvertidos a los lectores de antaño, rectificando valores, acentuando coloridos, destacando sombras, así también ha infundido a los viejos odres del estilo valoraciones imprevistas y hondas.

Así Don Juan contempla, al atardecer, unos cipreses del caminito perdiéndose en la sombra. Un simple paréntesis—*eternidad, eternidad*—deja caer dos goterones negros sobre esa paz vespertal e idílica. Así el doctor Quijano, a la puerta de su aposento solitario, dice simplemente, lleno de evocaciones: «Silencio! Está aquí; ha venido...»—Así, en fin, ha sido construido aquel maravilloso capítulo (el mejor del libro) en que Don Juan sienta sobre sus rodillas al pobre niño descalzo y agobiado bajo un haz de leña, y le limpia sus piecitos sangrantes, mientras el pequeño coge la mano a Don Juan y se la va besando en silencio...

Gabriel ALOMAR

\*

### LIBROS RECIENTES

José Toral, el infatigable y ameno novelista, cuya fecundidad corre parejas con la brillantez del estilo y el atractivo de las invenciones, ha publicado un nuevo libro de ese género, que lleva el sugerido título de *Horas sentimentales*.

En esta última producción están acrecentadas y depuradas, de modo notable, las singularísimas dotes de Toral para el cultivo de la más alta, más noble y más difícil forma literaria, que es la novelística.

El libro, que forma un volumen de 400 páginas, está muy bellamente presenta-

do y viene a acrecentar el valioso fondo de la «Editorial Rivadeneyra».

x

Nuestro colaborador D. Luis Antón del Olmet ha publicado una nueva obra, *El Marqués de la Quimera*, novela llena de interés y emoción, que está obteniendo un gran éxito de librería y ha sido elogiada por la crítica. Es quizá la mejor obra de Antón del Olmet, y con decir esto queda hecho su mayor elogio. El triunfo indiscutible del batallador periodista culmina en esta admirable novela, que constituye la actualidad literaria.

x

Los muchos lectores con que cuenta el celebrado escritor cómico D. Juan Pérez Zúñiga tienen un nuevo libro con que regocijarse, debido a tan fecundo autor. Titúlase *Aventuras estupendas* y está editado por la Biblioteca Renacimiento.

### EDITORIAL MUNDO LATINO

Apartado 502.—Madrid.

#### Novedades de marzo.

	Pesetas.
JOSE FRANCES:	
Miedo (novela, segunda edición)...	5
HERNANDEZ CATA:	
Una mala mujer (novela).....	5
El placer de sufrir (segunda edición).	5
EL CABALLERO AUDAZ:	
Con el pie en el corazón (novela).	5
Lo que sé por mí (primera serie, cuarta edición).....	5
FERNANDEZ PINERO:	
Memorias del legionario Ferragut.	3
GUIDO DA VERONA:	
La mujer que inventó el amor (novela) .....	5
MANUEL MACHADO:	
Ars moriendi (poesías).....	3,50

#### Novelas de aventuras.

MAYNE REID:	
La cazadora salvaje .....	3
Pídase el catálogo general.	
Venta: Librerías, estaciones y Yagués, Caballero de Gracia, 28.—Envíos a reembolso.	

## “Anís Balmaseda” MALAGÓN (Ciudad Real)

### ESMALTE ORO “EL SOL”

para dorar cuadros, espejos y retablos.  
La Casa más surtida en colores  
FLORENTINO PEREZ (S. en C.)  
Sucesores de Díaz Herrera  
HORTALEZA 17

### TURBINAS

para cualquier salto y caudal.—Etablissements Benninger. Uzwil (Suiza). Pídanse presupuestos gratis a Oficina Técnica «Promotor» (S. A.)  
VALVERDE 20.—MADRID

### OBJETOS DE OCASION

Grandes surtidos en alhajas, gramófonos, discos, objetos para regalos y MANTONES DE MANILA.  
SAN BERNARDO 1.

### CASA JIMENEZ

Primera en venta y alquiler de MANTONES DE MANILA, mantillas y trajes de frac y smoking.—CALATRAVA, 9.

### TELÉGRAFOS—POLICÍA

Clases especiales en grupos de seis alumnos. Se abre el curso el día 1.º de Abril. Solicite un Reglamento.

COLLEGE FRANCAIS.—Fuencarral, 33.

## Pedid Coñac Lion d'or

### MOTOCICLETAS ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS ALQUILER Y REPARACIONES

ALVAREZ HERMANOS  
SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

## AEG

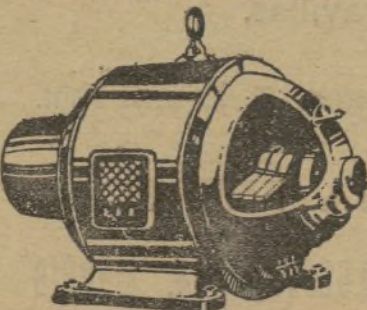
### ELECTRO-MOTORES

de corriente continua y alterna trifásica

Suministro inmediato

NERVIOSINA DE T. GONZALEZ

De venta en farmacias



### AEG

IBÉRICA DE ELECTRICIDAD (S. A.)  
MADRID: Nicolás María Rivero 8, y 10  
SUCURSALES:  
Madrid-Barcelona-Bilbao-Gijón  
Sevilla-Valencia-Zaragoza



Zorros Silka desde 80 pesetas. Medias seda torzal irrompibles desde 6 pesetas. La casa que más barato vende estos artículos es

LA ESTRELLA  
HORTALEZA, 82

### Instituto Católico Complutense

TELÉFONO S 1.817.—VELÁZQUEZ, 40.—APARTADO 269  
Medicina, Farmacia, Ingenieros industriales, Correos, Telégrafos, Radiotelegrafía, Auxiliares de Hacienda, Judicatura, Registros y preparación militar. Gran Centro cultural, con brillantísimo profesorado.—Magnífico internado para más de 100 plazas, en hermoso hotel, situado en lo más higiénico y aristocrático de Madrid  
Director: MANUEL MOIX GOMBAU  
Doctor en Derecho y abogado del Ilustre Colegio de Madrid  
Administrador: PEDRO MOIX GOMBAU  
Presbitero

### LADRILLOS REFRACTARIOS TUBERIA DE GRES

Fábrica: P. A. FICO, 12  
TELÉFONO M 17-65



# GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO

Asturias :- España.



Entrada al vestibulo del Hotel de París.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones. Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero. Dormitorios de lujo inusitado. — Brasserie en el Hotel. — Orquesta en el espléndido Hall. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurbanos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden. — Servicio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO:

= D. Manuel del Valle Díaz. =

## DISCOS DOBLES "FADAS"

Todos al precio de OCHO pesetas

Los más artísticos y mejor combinados. Aparatos con o sin bocina. Ventas al contado. Ventas a plazos, con precios de contado.

DISCOS  
de  
Raquel Meller  
—  
M. Serós  
—  
C. Flores  
—  
R. Leonís  
—  
Bailables  
modernos



DISCOS  
de  
Salud Ruiz  
—  
Ofelia  
de Aragón  
—  
C. Ortas  
—  
Óperas  
—  
Zarzuelas

Catálogos gratis y condiciones de las ventas a plazos, pidiéndolos a  
**FADAS - Peligros, 14 y 16 - MADRID**

## Manuel López

FABRICANTE DE MUEBLES

Serrano, 17

Ayala, 60

## CALLOS

Las terribles molestias de los pies, callos y durezas, desaparecen completamente usando sólo tres días el patentado

## UNGÜENTO MÁGICO

no falla en un solo caso. Pregunte a cuantos le han usado y oirá usted maravillas.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50. - Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



## CARLOS COPPEL

Fabrica de relojes

Fuencarral, 27. MADRID

Certificado de garantía en cada reloj